

"Cubil". Por Lucila Palacios

Elite.

Después de haber leído "Cubil" queda la impresión de haber contemplado un cuadro vigoroso, y de haber comprendido plenamente el motivo y la intención. Hay acierto en la composición, circunstancia que permite abarcar el conjunto sin esfuerzo. Pero el trazo, el detalle, no se somete servilmente a la unidad temática; parece que esta unidad no ha sido preconcebida, sino consecuencia, con cierto signo de lo fatal, de la verdad expuesta en la pintura de la figura compositiva. De ahí que la impresión de vigor que ofrece el conjunto venga a acrecentar la fuerza de las individualidades de los primeros planos fundamentales de la obra. En "Cubil" se percibe cierta armonía de contrastes. Las figuras en que viene a apoyarse el conjunto no están delimitadas con el vigor formal relativo a su trascendencia. La figura del "Criollo Blanco", por ejemplo, fundamental en la obra, no tiene la definición de otras que parecen menos importantes; pero está siempre presente, como una vaga esperanza, a través de Eustasia, en la segunda parte de la novela. Esto permite a la novelista el recurso técnico de la sorpresa. Pero pasa como si no fuera deliberado. Porque el antecedente de la conversación que escucha Eustasia referente a Corina, su rival, atenúa el dramatismo de la cínica confesión del "Criollo Blanco". Y en esta parte quizá se note una falta de referencias de su personalidad y sus relaciones en la ciudad.

* * *

Como en "El Corcel de las Crines Albas", en "Cubil", el personaje central es una mujer. Eustasia es una niña a quien le conducían al colegio para convertirla "en una señorita". Era el sueño dorado del "taita" aventurero que alternaba los esfuerzos de ganar con la inconsciente despreocupación del derroche. El medio en que se desarrolla la acción de la novela es circunstancial: un accidente. Las reacciones de una muchacha inocente en un medio hostil, rodeada de tres hombres casi desconocidos, están descritas con fuerza y brillantez. La actitud primera de los hombres, agobiados por el problema de encontrar un rumbo en la selva, preservan a Eustasia de los peligros que empiezan a manifestarse en cuanto se instalan en el rancho solitario que les ofrece cobijo. Eustasia "había olvidado que tenía sexo". Las miradas turbias de deseo de los tres hombres despiertan en ella la conciencia de sentirse mujer. Se vuelve más cauta, más reservada, se cubre celosamente el cuerpo; pero a la par nace en ella cierta coquetería traviesa. La primera disputa entre los hombres para jugarse sus primeras caricias resultan algo así como el amanecer de la verdadera tragedia de una mujer convertida en "cosa". La resignación de Eustasia, y la actitud diversa del chino, del indio, y el negro ante la pasividad triste de la muchacha, están descritas con un profundo conocimiento psicológico de los personajes.

El "Criollo Blanco" parece destinado a redimir a Eustasia: "Te quedarás conmigo". En la vida salvaje de la selva, poder basta. "Eustasia iba tras aquel hombre, humilde y fiel". Y siente celos por una jovencita que coquetea con su hombre: "Si se te ocurre poné los ojos en mi hombre, te los voy a sacá"... La mujer indefensa cree haber encontrado el apoyo que necesita. Cuando se anuncia el hijo, hay orgullo de madre, ternura de mujer, para modelar la esperanza de un nuevo ser que pertenece a los dos, a ella y al hombre que ella quiere retener para siempre.

Eustasia tiene su hijo, la nueva semilla de esperanza, a su lado. Su hombre viene a verlos con frecuencia. Y Eustasia cree en el "Criollo Blanco", en lo que puede realizar en beneficio de sus hombres para aliviar la suerte triste de los que viven enterrados en la mina. El se ríe de la candidez y la bondad de Eustasia: "Este chico te ha trastornado! Tienes ideas muy extrañas". Y cuando soñaba con rehacer su vida llega hasta ella un encargo dado al "Criollo Blanco" por la enfermera: "Saludos a Corina". ¿Quién será esa mujer? El tiene el cinismo de decírselo: se va a casar con ella. ¿Y el hijo? Ese hijo es de él; él lo puede cuidar, educarlo como se debe... "¡No, no!"... Pero la voluntad de Eustasia es poca cosa para conservar el hijo. Se lo van a llevar... Y el "Criollo Blanco" lo quiere hacer legalmente, ¡legalmente!, y levantan un acta notarial haciendo constar que "Ella es una vagabunda... Una de esas vagabundas de la montaña"... A Eustasia ya no le queda el recurso de amenazar a la rival que puede quitarle su hombre. Ahora se trata de su hijo. Y cae en la noche sin límites de una desesperación que va desquiciando todo un mundo de esperanzas de redención. Y ¿qué será de su hijo? Será un esclavo de la mina, tendrá acaso el mismo destino terrible del "Criollo manso", su abuelo... Las manos crispadas de la loca buscan, en su fiebre, dónde asirse... Un grito terrible... "Acaba de matar al hijo del criollo blanco". Y huye, huye, camino de la montaña.

* * *

En toda la obra, desde el título, el argumento y la acción misma, se percibe el dedo acusador de la novelista señalando el origen de muchos males sociales; el culto a la improvisación, el desprecio de los valores humanos y el derroche de esfuerzos mal orientados. "Cubil", queriendo señalar madriguera de fieras, lucha brutal de pasiones, guarda, en el sentido de la obra, algo del cubilete que deja al azar la suerte de ese mismo juego de pasiones. El frágil arbusto de aspiraciones de Eustasia resulta débil para enderezar el árbol alimentado de savia atávica que representa el Criollo Blanco. Y Lucila Palacios concede significación básica al medio, a la influencia de la montaña salvaje e indomable cuando hace germinar la semilla que cayó al suelo al azar, y destruyendo las esperanzas puestas por los hombres en su conuco al quedar muertos, como enterrados en el suelo, los granos que sembraron y cuidaron con cariño. Y aquí el signo de lo fatal se manifiesta una vez más. No sé hasta qué punto justificable. Lo es en la medida que exige mejores esfuerzos para vencerlo, destacando la significación de los valores humanos. El desenlace sugiere el grito desgarrador, lleno de acusaciones, de la mujer engañada, del fundamento de la sociedad hecha añicos, del desprecio absoluto por los valores humanos más respetables y más sagrados. Lucila Palacios siente con fuerza de

apóstol el drama de la mujer humilde que patean las bestias del instinto por todos los caminos.

* * *

El estilo de "Cubil" es el mismo del que siente su autora en "El Corcel de las Crines Albas". Quizá aquí se iniciara un cambio. Pero parece por la seguridad con que lo emplea, que responde mejor a su sensibilidad, y será el definitivo. Es un estilo corto, directo, índice de la velocidad con que se siente lo descrito.

"Cubil" es una gran novela. Y, sobre todo, una obra que quedará como un signo de nuestro tiempo.